**VI Encuentro Internacional de Economistas
La Habana 9-13 de 2004**

HACIA UNA ALTERNATIVA POLÍTICA A LA GLOBALIZACIÓN

Rubén D. Utria *

DESARROLLO TEMÁTICO

1. INTRODUCCION, (pág. 4)
2. UN SISTEMA ECONÓMICO Y SOCIOPOLÍTICO ALTERNATIVO (pág. 6)
 - A. Un nuevo sistema económico y sociopolítico (pág. 6)
 - B. Un desarrollo nacional liberador (pág. 8)
 - C. Un poder popular (pág. 10)
 - D. El Proyecto Político Nacional (pág. 10)
 - D. Un nuevo orden internacional (pág. 11)
3. UNA ESTRATEGIA DE DEFENSA DE LAS ECONOMÍAS NACIONALES
 - A. La seguridad económica (pág. 12)
 - a) La seguridad alimentaria (pág. 12)
 - b) La seguridad energética (pág. 12)
 - c) La seguridad biológica (pág. 13)
 - d) La seguridad social (pág. 13)
 - B. La protección de las economías nacionales (pág. 13)
 - a) La protección de la producción (pág. 13)
 - b) La protección de los mercados (pág. 14)
 - c) La protección de los activos estratégicos (pág. 14)
 - d) La protección del sistema financiero (pág. 14)
 - e) La protección de los servicios profesionales (pág. 14)
 - d) La protección del talento humano (pág. 15)
 - e) La protección de los recursos naturales (pág. 15)
 - C. Diversidad, complementaridad e integración (pág. 15)
 - D. Soberanía nacional (pág. 16)

(*) Asesor colombiano en planificación del desarrollo nacional egresado de la Universidad Nacional de Colombia. Ha sido Asesor Internacional de las

Naciones Unidas por más de 20 años, adscrito a la CEPAL y el Departamento de Cooperación Técnica de la Sede Central en Nueva York, con funciones de investigación técnica y misiones de asesorías en numerosos países; ex profesor del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES) de la ONU y varios centros internacionales de investigación y universidades nacionales y extranjeras; ex Director de las unidades de Desarrollo Social y Desarrollo Regional y Urbano del Departamento Nacional de Planeación de Colombia; ex Asesor Técnico de la Presidencia de la República; ex Presidente de la Sociedad Colombiana de Planificación; y ex miembro de la Junta Directiva de la Sociedad Colombiana de Arquitectos y del Comité Ejecutivo Nacional de la Cruz Roja Colombiana; ex Asesor en Planificación Ambiental de la Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca (CAR) y de la Corporación Regional del Río Magdalena (CORMAGDALENA). También fue candidato a la Vicepresidencia de Colombia. Es miembro del Consejo Directivo de la Sociedad Colombiana de Economistas y Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas. Es autor de varios libros sobre teoría y metodología del desarrollo y su planificación, y de numerosos estudios técnicos y proyectos de inversión y desarrollo nacional, regional y local. Asimismo, ha sido Consultor temporal del Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y de varios gobiernos europeos. Actualmente es profesor y consultor privado en su especialidad, radicado en Bogotá. (E-Mail: rutria@colomsat.net.co)

HACIA UNA ALTERNATIVA POLÍTICA A LA GLOBALIZACIÓN

Rubén D. Utria *

1. INTRODUCCIÓN

Al analizar el curso del debate adelantado en los países periféricos sobre la conveniencia e inconveniencia de la “globalización” se observa un acentuado sesgo económico que impide una percepción profunda y estructural de la naturaleza y los objetivos de esta estrategia transnacional del capitalismo. Aunque su imposición hace más de 20 años constituyó una iniciativa política por parte de la potencia hegemónica con fines evidentemente políticos, el énfasis en el análisis y la discusión ha sido puesto esencialmente en los aspectos económicos y tecnocráticos. Sólo en los Encuentros Internacionales de Economistas de La Habana y en el Foro Social Mundial de Puerto Alegre y ahora de Mumbay, se nota un esfuerzo conciente y sistemático en el cuestionamiento de los aspectos políticos.

En cuanto respecta a Latinoamérica y el Caribe es evidente que el “Consenso de Washington” fue una iniciativa eminentemente política y tanto los Estado Unidos como los gobiernos de la región así lo han reconocido. Esta visión ha sido corroborada en los sucesivos Foros de Las Américas. Otro tanto ha sucedido en los foros de Davos, los cuales han contado con activa con la participación de gobernantes y empresarios latinoamericanos. Y para que no queda duda, dicho carácter político ha quedado muy claro en las sucesivas reuniones del “Grupo de los Siete y Rusia”.

Si esta aseveración es cierta, como en efecto lo es, el debate debe salir del ámbito económico tecnocrático para ser planteado fundamentalmente en el político. En efecto, la “globalización” del capital y la economía es un proyecto esencialmente político, propio de la actual fase avanzada y maduro del capitalismo mundial —la imperial— y su análisis y los subsiguientes cuestionamientos y aceptación sólo pueden ser abordados mediante una óptica eminentemente política.

Tres aspectos principales permiten evidenciar la naturaleza ideológica del debate sobre la Globalización: (i) La inocultable intención política de la potencia hegemónica y sus socios menores de vulnerar, penetrar y someter las economías del resto del mundo; (ii) La falacia implícita de ofrecer integrar en un solo mercado global a países centrales

industrializados —poseedores del capital, el conocimiento tecnológico, economías sólidas e integradas e instituciones eficientes— con países periféricos —subdesarrollados y de economías primarias, carentes de capital y tecnología, débiles e internamente fraccionadas y con instituciones sociales y políticas feudales—; (iii) La imposibilidad de integrar económica y políticamente dos mundos separados por los extremos del sistema político-económico y social dominante en el mundo: el *capitalismo central* y el *capitalismo periférico*.¹

Por eso no se ha hecho esperar la reacción política de los pueblos afectados, no de los gobiernos, los tecnócratas y gran parte de los académicos. Si bien la “globalización” neoliberal se encuentra bastante afianzada en los países industrializados y la mayoría de los gobiernos de los países periféricos la han aceptado con docilidad, también es cierto que las confrontaciones de intereses y las multitudinarias manifestaciones de protesta en los primeros y las críticas y las resistencias en los segundos, constituyen la característica dominante de la política económica internacional en los últimos diez años. La nota predominante en este agitado escenario ha sido la exaltada protesta callejera, la oposición ideológica, la crítica académica y, más recientemente, la consigna esperanzada de que “otro mundo es posible”.² Indudablemente este ejercicio ha sido válido, contundente y oportuno y, por tanto, debe continuar y extenderse e intensificarse en todo el mundo.

Así, el debate que resulta necesario y urgente no es cómo remendar las imperfecciones económicas formales de la “globalización”, como han venido proponiendo Stiglitz, Soros, Sachs y otros eminentes economistas de talla internacional. Todo parece indicar que ha llegado el momento de complementar este esfuerzo contestatario con una nueva fase constructiva y proactiva destinada a la formulación teórica y política de **un camino político alternativo a la Globalización**. Un instrumento de este tipo es necesario y urgente para orientar las negociaciones y “tratados bilaterales” de libre comercio que están siendo impuestos a los países latinoamericanos y del Caribe, así como al resto del Tercer Mundo.

¹ Se emplean en esta ponencia algunos conceptos y términos de los años 50 a 70, no por estancamiento intelectual y profesional, sino porque permanecen plenamente válidos y útiles, aunque estén anatematizados por los apóstoles del neoliberalismo. La situación de América Latina y el Caribe y en general del Tercer Mundo no ha cambiado política, económica e históricamente en forma sustantiva, sino que ha empeorado y, por tanto muchos de éstos conceptos siguen vigentes. Este es el caso, por ejemplo, de la persistencia del *capitalismo periférico*, las relaciones internacionales comerciales y políticas de tipo *centro periferia*, la presencia del *tercer mundo*, las nociones de desarrollo y subdesarrollo y varios otros conceptos.

² Véase Foro Social Mundial Porto Alegre 2002: *Otro Mundo es Posible*. Fundación para la Investigación y la Cultura. Bogotá 2002.

De lo que se trata es, más bien, de la formulación y puesta en marcha de una estrategia política de dos frentes: uno consagrado a la construcción de una alternativa política y académica a dicha estrategia imperial; y el otro a la resistencia defensiva de las economías periféricas, como camino de transición mientras dicha alternativa se convierte en una realidad histórica.

Una iniciativa de esta naturaleza podría resultar interesante para varios fines: (i) Imprimirle mayor rigor científico y político a la crítica y el rechazo a la Globalización y darle un sentido más constructivo; (ii) Contar con una o varias alternativas integradas, coherentes, revolucionarias y viables para la liberación y transformación de las naciones débiles; (iii) Cerrarle el paso a quienes están empeñados —algunos quizá de buena fe— en convencer al mundo de que “fuera de la Globalización no hay salvación” y que “no existe otra posición sensata y realista que plegarse al tren del neoliberalismo globalizador”; (iv) Disponer de una respuesta a quienes se preguntan angustiados: “Si rechazamos de plano la Globalización ¿Cuál sería la estrategia o el *modelo* (o estrategias y *modelos*) alternativos a seguir, particularmente en los países periféricos?”; (v) Suministrarle un marco político de referencia alternativo a quienes han comenzado a luchar contra el ALCA y los “convenios comerciales bilaterales”; y (vi) Ofrecerle un instrumento alternativo a los políticos que están llegando al poder en Latinoamérica y otros continentes con la propuesta y el compromiso de transformar a sus países y liberarlos del dominio de las empresas transnacionales.

2. UNA ALTERNATIVA POLÍTICA A LA GLOBALIZACIÓN

A. Un nuevo sistema económico y sociopolítico

Se requiere un nuevo sistema económico y socio-político porque el capitalismo no tiene nada positivo que aportar en las naciones periféricas. No lo hizo en los últimos dos siglos, y menos lo va a hacer ahora en su fase imperial. Ni sus éxitos en los países centrales son reproducibles en las periferias explotadas y subdesarrolladas de la economía mundial. Durante los últimos 50 años se ha hecho creer a los países periféricos que el capitalismo podría ser el sistema económico y sociopolítico adecuado para superar el atraso, obtener para sus pueblos condiciones sociales y niveles de vida dignos y garantizar la democracia. Y Fukuyama³ trató de

³ Véase Francys Fukuyama: *El Fin de la Historia*.

convencernos de que con el capitalismo hegemónico habíamos llegado al “fin de la historia”.

En este período sólo dos grupos de países pudieron lograr avances económicos sustanciales: los que realizaron una revolución socialista; y los que por imperativos de la “guerra fría” recibieron privilegiadas y cuantiosas inversiones extranjeras, tecnología, acceso a los grandes mercados y protección militar.⁴ En América Latina el saqueo sistemático de los recursos naturales, la entrega y la cooptación de gobernantes y tecnócratas, la intensa fuga de capitales y talentos, la imposición de altos gastos militares, y la propia acción frustrante y explotadora capitalista, no han permitido sacar a estos países de la pobreza y el subdesarrollo. Los que intentaron buscar una vía alternativa sufrieron el peso aplastante del poder capitalista mundial, como en el caso de Guatemala en los años cincuenta, Nicaragua y Chile en los setenta, y Cuba que resiste con heroísmo y dignidad 45 años de bloqueo económico y político.

Por otra parte, no hay que perder de vista que no existe un capitalismo único sino dos: *el central*, de las potencias industrializadas; y *el periférico*, impuesto a los países subdesarrollados. La integración de éstos dos grupos de países en una economía hegemónicamente globalizada sólo puede ser del tipo de la que se produce entre todo jinete y su caballo. En cualquier empresa conjunta el primero se queda con “la parte del león” y el segundo con “la parte del ratón”. En ese escenario de dominación no existe ni podrá existir “libre mercado”; y, por tanto, los países periféricos no pueden participar con ventaja y remuneradoramente en la “globalización”, y sus “corrientes mundiales de capital” y “nichos de mercado”. Para hacerlo sería necesario que dichos países contaran con un nuevo sistema económico y sociopolítico alternativo que permitiera la defensa de los intereses sociales y nacionales, y que existiera un orden internacional dispuesto a aceptarlo y garantizar su vigencia y seguridad.

Indudablemente el *capitalismo central* tiene todavía capacidad para mantener dinamismo en sus economías nacionales y resolver los principales problemas de su población. No sólo por la riqueza acumulada, el conocimiento científico y tecnológico siempre en frenético avance, el formidable esfuerzo interno, y la disciplina de trabajo y la capacidad creadora de sus gentes. Sino, también, por el saqueo económico y del talento humano que ejercen sobre el mundo subdesarrollado. Pero el *capitalismo periférico* carece de todos esos recursos, no porque los respectivos pueblos sean incapaces, sino porque dicho sistema somete a los países a condiciones deprimentes de explotación y dominación externa, somete a sus líderes políticos y gobernantes al servicio de las grandes potencias, sustrae masivamente sus recursos naturales y

⁴ Este es el caso de los países europeos, Israel en el Medio Oriente, y Japón, Corea del Sur, Taiwán y otros del Pacífico asiático.

humanos, impone onerosos gastos militares y margina, castra y pone en fuga a los talentos y los individuos más dinámicos.

Debido a su naturaleza y dinámica sistémicas, los excesos de la “globalización” y sus desastrosos impactos —no sólo sobre los países periféricos sino también sobre las naciones industrializadas medianas y pequeñas— no tienen solución efectiva dentro del capitalismo. Esta “globalización” es apenas una estrategia instrumental del capitalismo mundial en su nueva fase imperial y todo indica que no será modificada mientras dicho sistema se mantenga vigente. Los sistemas político-económicos maduros constituyen una unidad doctrinaria y funcional y tienen una definida e irrevocable finalidad política que los hace unitarios e inalterables. En defensa de estos atributos vitales sus mandos echan mano irrefrenable de la fuerza y hasta de la “guerra preventiva”. La historia enseña que dichos sistemas, particularmente en su fase madura, no se modifican sustancialmente ni se autocorrigen, sino que al final de su propio ciclo colapsan por implosión al impulso de sus grandes excesos, contradicciones y debilidades y en desarrollo de sus propias dinámicas entrópicas. Por tanto, es poco lo que las naciones periféricas pueden esperar por ahora y en el futuro próximo y mediano del capitalismo, ahora hegemónico. Por su parte, el estatismo soviético parece haber colapsado irreversiblemente por los mismos excesos y errores, después de fracasar como sistema capaz de acelerar y consolidar el desarrollo económico dentro de sus propias fronteras y de facilitar la liberación de las naciones débiles.

No se trata de un simple cambio de “modelo” o “estilo”⁵ porque los factores y procesos del *capitalismo periférico* que se cuestionan no pueden ser removidos con procedimientos cosméticos y coyunturales, ni con estratégicos cambios de nombres.⁶ Los obstáculos y restricciones que caracterizan la teoría y la práctica de dicho sistema y sus variantes afectan a fondo el funcionamiento, los recursos y los valores de las sociedades subdesarrolladas y operan en contravía de sus intereses sociales y nacionales. La alienación, el endiosamiento y la manipulación del mercado, los valores excesivamente individualistas, el afán desmedido de lucro, la falta de solidaridad humana y social y la entrega abyecta a las grandes transnacionales constituyen —entre muchos otros— factores que no favorecen el desarrollo en los países periféricos.

⁵ Porque los “modelos” y “estilos” de desarrollo constituyen apenas una derivación subsidiaria de un contexto conceptual e ideológico más amplio y definido: el *sistema* político-económico que rige las instituciones políticas, económicas y sociales de cada país. En la práctica tales modelos y estilos son simples estrategias o modalidades del capitalismo.

⁶ Últimamente se ha comenzado a hablar de “economía de desarrollo” para referirse al tradicional enfoque de *crecimiento económico*, sin que haga referencia a cambios del sistema capitalista. Véase una ilustración en Joseph Stiglitz y Gerald M. Meier (editores): *Fronteras de la Economía del Desarrollo. El Futuro en Perspectiva*. Banco Mundial. Alfaomega Grupo Editor S.A. Bogotá 2002.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, podría tener poco sentido insistir en la necesidad de negociar “ajustes”, adaptaciones cosméticas y remiendos a la “globalización” y el “libre comercio”, como fue mencionado. Todo parece indicar que lo apropiado es comenzar a pensar en **una alternativa sistémica** al capitalismo, siguiendo la ruta histórica evolutiva y sustitutiva de los sistemas seguida hasta ahora por la humanidad.

Por las anteriores y otras razones estas naciones necesitan contar con una alternativa al neoliberalismo económico y su “globalización”. Esta alternativa podría entenderse como una nueva concepción de la sociedad nacional y sus relaciones internacionales. Es decir, una sociedad basada en la equidad, la solidaridad, el desarrollo social y humano, una democracia auténtica, el correspondiente Estado, amparada por un nuevo orden internacional de solidaridad y cooperación internacionales. Todo ello como parte integrada de un nuevo sistema económico y sociopolítico, que permita a dichos países liberarse de la yunta de las doctrinas neoliberales impuestas globalmente, superar los problemas y traumas de todo orden que éstas les han causado y encontrar un camino propio y liberador, en busca de su destino histórico.⁷

Iniciar la construcción de tal nuevo producto intelectual y político no parece tarea imposible, porque los cinco Encuentros Internacionales de La Habana ya han identificado los problemas específicos y sectoriales y sugerido muchas soluciones sectoriales alternativas. En varios círculos académicos y políticos del Tercer Mundo se ha comenzado a trabajar en la búsqueda de esta alternativa. En los propios países desarrollados hay preocupación intelectual sobre los impactos negativos del neoliberalismo económico y la conveniencia de encontrar nuevos caminos. El movimiento internacional del Foro Social ha dejado en evidencia esta necesidad de una propuesta alternativa. Otro tanto puede decirse de los demás movimientos que en todo el mundo se oponen a la Globalización.

En el ejercicio de diseño de este sistema alternativo cuatro elementos, entre otros, juegan un papel fundamental: (i) Un desarrollo nacional liberador; (ii) Un poder popular; (iii) Un proyecto político nacional. (iv) Un orden internacional de respeto a la autodeterminación de los pueblos, y solidaridad y cooperación internacional, y un proyecto político mundial de desarrollo y progreso de la humanidad.

B. Un desarrollo nacional liberador

⁷ La agenda del VI Encuentro incluye en su punto 4 varios temas —como “La multidimensionalidad del desarrollo”, “Estrategias de desarrollo nacional de ‘base propia y centradas en la población ...’”—que permiten la discusión del tema de la reformulación del concepto vigente sobre el desarrollo nacional y estimular las propuestas de estrategias y doctrinas alternativas a globalización.

Los países del Tercer Mundo amenazados y afectados por la globalización deben acelerar su *desarrollo nacional* porque su mayor vulnerabilidad radica en el subdesarrollo. Libre y honesta competencia sólo puede existir entre contendientes iguales, y la comunidad internacional de hoy es altamente desigual y fuerzas de toda índole conspiran para mantener y acrecentar esta desigualdad. El PIB por habitante promedio —que es un buen indicador de la capacidad de producción— es, por ejemplo en Colombia país de “desarrollo” intermedio, de apenas de la décima parte del Norteamericano y demás países industrializados, y está basado principalmente en actividades primarias y de bajo valor agregado y de bajo precio en el mercado mundial. Con una tasa promedio de crecimiento del 5%, considerada ideal por los economistas, la duplicación de dicho producto —que no conduciría a nada para los fines del desarrollo y la participación favorable en la globalización — requería un plazo alrededor de 15 años. Y alcanzar el umbral de producción que permitiera comenzar a hacer competitiva la economía nacional y resolver los problemas básicos del bienestar, demandaría alrededor de 33 años. Mientras que a la tasa de crecimiento del último quinquenio, se requerirían 36 años para la primera meta y 82 para la segunda. Pensar en un crecimiento más acelerado es una quimera a la luz del funcionamiento, las limitaciones y condicionamientos de la inversión extranjera y del bajo desempeño institucional y político latinoamericano y del Caribe. En este contexto de subdesarrollo, bajo crecimiento económico y gobiernos deficientes no puede pensarse sensatamente en una participación exitosa y remuneradora en las “grandes corrientes y nichos del mercado mundial”.

Al mismo tiempo, es necesaria la defensa de las economías nacionales porque la globalización no sólo busca intensificar el comercio internacional sino también, y principalmente, vulnerar y aniquilar los aparatos productivos, comerciales y de servicios de los países periféricos. Asimismo, convertirlos en mercado libre y vulnerable para la producción y los capitales de las grandes empresas transnacionales, el desmantelamiento de los Estado-nación, la aniquilación de sus monedas nacionales, la privatización de los servicios públicos con fines especulativos, el saqueo de los principales activos nacionales, el desmonte de las conquistas sociales de los trabajadores, desvirtuar sus culturas, doblegar a sus dirigentes y muchos otros efectos adversos.⁸

Durante los últimos 50 años los gobiernos y la mayoría de los académicos de las naciones periféricas han sido mantenidas anestesiadas con la ilusión de que la teoría y las prácticas del “crecimiento económico” constituyen el instrumento adecuado para superar el subdesarrollo. Pero la verdad es que ninguno de éstas pudo lograr el crecimiento económico que esperaban, mientras que la gran mayoría de ellas vieron

⁸ Véase conclusiones del VI Encuentro Internacional de Economistas. La Habana, Febrero de 2003.

debilitar sus respectivas economías. Países tan avanzados como Argentina y Uruguay terminaron el último decenio en bancarrota; México, Brasil y Venezuela tuvieron que hipotecarse; y Colombia —la de crecimiento sostenido por 25 años— terminó empobrecida, excesivamente endeudada y con su conflicto sociopolítico armado agudizado. Y ha quedado claro que la economía no puede desarrollarse y crecer en forma sostenida y productiva mientras que las respectivas sociedades no se desarrollen.

Estas y otras circunstancias parecen estar indicando que además de un nuevo sistema socioeconómico y político estos países necesitan —siguiendo la lógica de Khun— un nuevo paradigma para el *desarrollo nacional*. A la luz del desafío político e histórico que entraña dicho desarrollo, este paradigma debe girar en torno, al menos, a las siguientes 10 tesis:⁹ (i) El *desarrollo nacional* es hasta hoy un fenómeno insuficientemente estudiado, y la teoría y la práctica vigentes no han contribuido a la superación del atraso en el Tercer Mundo, ni a explicar muchos de los fenómenos del primero y el segundo mundos; (ii) El *desarrollo* de una nación consiste básicamente en **la capacidad** creadora acumulada y acumulable de su respectiva sociedad para entender y enfrentar con éxito los grandes problemas y desafíos sociales, políticos y económicos que cada coyuntura histórica le plantea, y satisfacer razonablemente las necesidades y aspiraciones básicas de la población; así como para generar la riqueza necesaria para financiar el logro de dichos objetivos supremos; (iii) En la conformación de dicha capacidad **es la sociedad** en su conjunto **la que se desarrolla** —y no simplemente su economía— y esta circunstancia la convierte en el *sujeto*, el *objeto* y la *beneficiaria* de los procesos del *desarrollo* y le otorga a la población el rol protagónico; (iv) Este **desarrollo de la sociedad** es lo que hace posible la generación y la liberación de las energías impulsoras, la movilización de los recursos económicos y políticos y la capacidad creadora individual y colectiva, así como la modernización de las estructuras sociales, políticas, económicas, territoriales y de toda otra índole que inciden en el *desarrollo nacional*; (v) Dicha sociedad y sus estructuras, procesos y actividades conforman un conjunto holístico, integrado, multidimensional, de alta complejidad y de funcionamiento *sistémico*; y, por ello, son múltiples y de diversa naturaleza los factores, procesos y eventos que inciden en el fenómeno del *desarrollo*, y todas las relaciones entre éstos operan en una dinámica circular —no lineal— de *interrelación sistémica*; (vi) El *desarrollo* de una nación tiene un único propósito: la constante transformación de ésta en busca del progreso social, concebido en función del ser humano y el respeto a su dignidad, sus libertades y sus derechos; y, por esta vía, poder integrarse a la comunidad internacional con anhelos y compromisos de convivencia, solidaridad, cooperación y paz; (vii) El desencadenamiento de los procesos del *desarrollo nacional* y su consolidación y sostenibilidad constituyen el

⁹ Véase Rubén D. Utría: *El Desarrollo de las Naciones: Hacia un Nuevo Paradigma*. Sociedad Colombiana de Economistas. Alfaomega de Colombia S.A. Editores. Bogotá 2003..

más grande e inaplazable desafío político e histórico de las naciones económica y políticamente periféricas, y su dilema en el siglo XXI es desarrollarse o sucumbir como naciones dignas y libres; (viii) El *desarrollo nacional* tiene que enmarcarse en un *proyecto político nacional* de largo alcance y proyecciones históricas, que involucre cambio social, conciencia humanista, social y nacionalista, libertades, participación ciudadana y autonomía y seguridad nacionales; (ix) Debido a las anteriores circunstancias y consideraciones, el *desarrollo nacional* constituye un fenómeno esencialmente social y político y entraña procesos de alta complejidad y, por tanto, no puede limitarse al simple crecimiento anual de la economía, ni depender exclusivamente de las actividades de ésta; y (x) En conformidad con las hipótesis anteriores, y desde la óptica de los supremos intereses de los pueblos periféricos, la estrategia indiscriminada de “globalización de la economía” impuesta actualmente al mundo no beneficia el *desarrollo* liberador de los países débiles y, antes bien, puede ampliar la brecha que los separa de las naciones desarrolladas.

C. Un poder popular

El poder real en la inmensa mayoría de los países periféricos lo ejerce por ahora el establecimiento económico y político, el cual tiene unos intereses y una ideología propios del capitalismo periférico. Debido a ello, tiene estrechos vínculos de adhesión y sometimiento al capitalismo de los países centrales. Dicho poder no tiene ningún compromiso con un desarrollo nacional liberador ni con la defensa de los intereses nacionales y sociales de los respectivos países. Al contrario, sus obligaciones con las empresas transnacionales lo obligan a adherir genuflexamente al neoliberalismo económico y su “libre mercado” desigual y desleal, y a boicotear toda posibilidad de liberación nacional. Por esta razón la defensa contra los objetivos e impactos adversos de la “globalización” resulta indispensable el surgimiento de **un nuevo poder**. Un poder popular, nacionalista, comunitario y auténticamente democrático, comprometido con los intereses de la sociedad y la nación y capaz de asumir la protección de la economía nacional.

Esto significa que cualquier alternativa política a la “globalización” debería ser construida y puesta en marcha sobre la base de ese nuevo poder. Éste tendrá como función prioritaria promover y realizar una serie de transformaciones sociales, políticas e institucionales que modifiquen las relaciones sociales de producción del capitalismo periférico y permitan liberar las energías, los potenciales y la capacidad creativa de la población, para que ésta pueda superar el atraso y enrumbarse por la senda del desarrollo y el progreso material y espiritual.

D. Un proyecto político nacional

El *proyecto político nacional* consiste en la identificación del conjunto de objetivos, reivindicaciones y aspiraciones sociales y políticas de la población y la nación, la selección de los medios más apropiados para lograrlos y el compromiso solemne de convertirlos en realidad en unos plazos previstos.

Se trata del instrumento político en torno al cual los respectivos países pueden concretar sus objetivos y metas de transformación política y social, creación de riqueza y distribución de ésta, protección de los recursos naturales y el ambiente, ordenamiento territorial, convivencia interna y externa, gobernabilidad, relaciones internacionales, el pleno empleo de toda la población en condiciones de trabajar y la plena y compatible incorporación de los recursos naturales con la garantía de su sostenibilidad, y la movilización inteligente de los recursos económicos y políticos.

Es desarrollando sus sociedades — y a través del desarrollo de éstas— de sus economías como las naciones periféricas pueden hacer frente a la globalización imperial y participar favorablemente en el mercado internacional. Obviamente, un proyecto político de esta naturaleza entraña la existencia de liderazgos y partidos igualmente comprometidos con los intereses de la sociedad y la economía nacionales.

E. Un nuevo orden internacional

El presente “orden” internacional dista mucho de ser de cooperación y solidaridad, y mucho más si se tienen en cuenta sus compromisos con los objetivos y prácticas de la “globalización” neoliberal. Como ha sido señalado por todos sus críticos, ésta no fue establecida sobre bases de cooperación, solidaridad y democracia nacional e internacional —ni siquiera frente las potencias industriales medianas y pequeñas— sino impuesta por la potencia hegemónica.

Esto explica los numerosos y crecientes malentendidos y confrontaciones en el seno de las actuales relaciones comerciales internacionales. Son muy disímiles y enfrentados los intereses políticos y comerciales entre los participantes, comenzando por los de los propios miembros del exclusivo Club de los Siete y Rusia y los protagonistas principales de la Organización Internacional del Comercio (OIC). Es aun más evidente la falta de coincidencia de los intereses de los países industrializados y los subdesarrollados, aunque estos últimos no tengan el poder de hacer valer los suyos. Para superar esta situación es necesario que la participación sea libre y democrática, no sólo en cuanto a la decisión de los gobiernos sino también de los pueblos —como lo han señalado el Presidente Fidel Castro y Noam Chomski— así como de las

provincias y sus comunidades de éstos, como lo anota acertadamente Saskia Sassen. La globalización sin amplia y efectiva solidaridad internacional no podrá afianzarse sino mediante la fuerza y el sometimiento político de los países débiles, aun los que ostentan cierto nivel de industrialización y desarrollo.

Por estas razones la "globalización" requiere una organización mundial de cooperación y conciliación basada en la participación democrática de las naciones involucradas, como lo han venido planteando Soros, Stiglitz y otros críticos. Pero, se sabe de antemano que esto es extremadamente difícil cuando detrás del "libre comercio" se esconde el neocolonialismo y la arrogancia imperial.

3. LA ESTRATEGIA DEFENSIVA DE LAS ECONOMÍAS PERIFÉRICAS

La defensa de las economías nacionales de los países débiles tiene que ser planteada, al menos, en dos escenarios principales: el de la *seguridad económica* y el de la *estrategia defensiva* contra el supuesto "libre mercado".

En el primero tienen gran importancia los siguientes aspectos prioritarios de la **seguridad**: (i) La *económica*; (ii) La *alimentaria*; (iii) La *energética*; (iv) La *biológica*; (v) La *ecológica*; y (vi) La *social*. En el segundo se destacan, entre otros, los siguientes frentes de la protección: (i) La producción nacional; (ii) Los mercados; (iii) Los activos estratégicos; (iv) El sistema financiero; y (v) La mano de obra calificada, el talento humano y los servicios profesionales.

A. La seguridad económica

Junto con la *seguridad nacional* contra la agresión bélica externa y la desestabilización interna, los países débiles necesitan contar con efectiva *seguridad nacional económica*. Es decir seguridad contra la agresión externa a sus economías nacionales. La imposición neocolonial de la apertura de los mercados internos de los países periféricos en forma inequitativa, indiscriminada, desleal, tramposa y con subsidios unilaterales constituye un acto de vulneración y debilitamiento de las economías nacionales y, por tanto, una agresión. Por eso resulta inaceptable que los gobiernos y

la dirigencia de dichos países se preocupen mucho por la seguridad militar —a la que consagran buena parte de los presupuestos nacionales— y soslayan la agresión económica. Como todo el mundo sabe, ésta constituye la forma más directa y efectiva de debilitar la soberanía y la seguridad nacionales, y de agredir a la población. En Latinoamérica y el Caribe esta situación quedó en evidencia con la aceptación del “Consenso de Washington” y en la humillante carrera de muchos gobiernos de la región para firmar “convenios bilaterales” de comercio con Estados Unidos y de sumarse apresuradamente al ALCA.

La seguridad alimentaria es vital para los países periféricos porque de ella depende en gran medida la nutrición y por ende la salud general y la de la población, su desarrollo biológico, su vitalidad y su estabilidad genética. También es factor crítico en el abastecimiento interno del mercado y la estabilidad del poder de compra de la población. Asimismo lo es para el ahorro de divisas en la importación de alimentos. Nación que no tiene asegurada la alimentación de su pueblo queda vulnerable económica y políticamente. Adicionalmente, tiene que ver con el control de la calidad de los alimentos provenientes de las potencias industriales, hoy peligrosamente alterados genéticamente y contaminados con dañinos colorantes, preservativos, hormonas, expansivos y otras sustancias tóxicas.

La seguridad energética es factor crítico para la seguridad económica nacional y los más sensibles intereses nacionales, porque se trata del medio vital para el funcionamiento de los países. Como se sabe, sin energía de los varios tipos casi todas las actividades productivas y los servicios se paralizan, y se afecta notoriamente la infraestructura, el nivel de vida y la prestación de los servicios públicos. Y su importación entraña un penoso sacrificio económico.

La seguridad biológica se relaciona con la garantía de que la población no se afecte por la vía de los alimentos transgénicos y hormonados, los agroquímicos, los medicamentos generadores de efectos secundarios lesivos, y las tecnologías de producción que afectan la salud. Buena parte de estos productos proceden de los países industrializados, y son exportados incontrolada y discriminatoriamente a los países periféricos.¹⁰ Asimismo, se relaciona con la producción de medicamentos claves para la conservación de la salud y aquellos de importancia crítica para enfrentar epidemias y enfermedades incurables. También tiene que ver con el saqueo de bancos genéticos.

La seguridad ecológica tiene que ver con las actividades generadoras de productos y residuos contaminantes, con tecnologías agrícolas depredadoras de la tierra, la

¹⁰ Las autoridades sanitarias de Colombia acaban de ordenar la incineración de lenguas y otras presas de vacunos importadas de Canadá y Estados Unidos, presumibles contaminadas con la *encefalitis espongiforme*.

vegetación y la fauna y las fumigaciones contaminantes y degenerativas impuestas a algunos países, como los andinos y México. También incluye los detergentes y numerosos químicos empleados en la industria. Es bien conocida la práctica de algunas empresas transnacionales de trasladar a los países periféricos las tecnologías, los productos y la propia producción que no les son permitidos en sus países de origen por restricciones de protección ambiental.

La seguridad social se refiere a la de defensa contra el desmantelamiento del Estado-Nación, el desmonte y/o la privatización de los servicios públicos, los asistenciales y habitacionales que la globalización y sus pactos de “libre comercio” y “acuerdos de control macroeconómico” imponen a los países periféricos y aún a las potencias industriales medianas.¹¹ También se relaciona con la imposición de restricciones a las conquistas laborales que atentan contra la estabilidad del ingreso familiar y las prestaciones sociales de los trabajadores. Y sobre todo, tiene que ver con la defensa contra la pérdida sistemática y masiva de empleos derivada de la imposición de severos “ajustes fiscales” y de la disminución de costos para asegurar la competitividad y del desplazamiento de la producción nacional por los productos importados, así como de tecnologías de producción altamente insumidoras de capital que generan masivo desplazamiento de mano de obra local.

B. La protección de las economías nacionales

La protección de la producción nacional es necesaria y conveniente para proteger a los productores, las materias primas y los capitales nacionales y para fortalecer la *seguridad nacional económica*, ya mencionada. Esta debe ser defendida por lo menos en tres frentes principales: (i) La competencia indiscriminada y desleal de las potencias industriales, consistente en la penetración en los mercados nacionales a base de subsidios de origen, ventajas arancelarias, exenciones fiscales, novedosa presentación de los productos y servicios, sistema franquicias que desplazan a productos locales, apabuyante mercadotecnia de posicionamiento y publicidad y varias otras prácticas; (ii) Contra las inversiones extranjeras ficticias y fugaces, el despliegue financiero especulativo de la banca foránea con recursos del ahorro local; y (iii) La entrega a las corporaciones transnacionales, mediante la privatización de las empresas más rentables del país, particularmente las de mayor valor estratégico como las energéticas, las telecomunicaciones, las infraestructuras de producción, vialidad, transporte y comercialización, los laboratorios de farmacéuticos y los medios de comunicación.

¹¹ Ya ha comenzado la lucha de los trabajadores de Alemania, Francia e Italia y otros países de la Unión Europea contra la eliminación masiva de puestos de trabajo, la privatización de los servicios públicos y el desmonte de las conquistas sindicales. Esta misma situación comienza a presentarse en los propios Estados Unidos.

Esta defensa involucra el enfrentamiento radical contra la doctrina económica neoliberal, según la cual la “competitividad” y el “libre mercado” están por encima de los intereses nacionales y sociales de los países y, ante todo, del ser humano. Además de ser falaz, esta doctrina es deshonestamente aplicada porque, como es sabido, las potencias centrales defienden su producción de la competencia externa mediante barreras políticas y arancelarias y subsidian una parte importante de su producción para que penetren más fácilmente en los mercados periféricos. Por eso los exegetas del neoliberalismo se apresuraron en América Latina y el Caribe a satanizar las políticas proteccionistas de la CEPAL aplicadas en los decenios de 1960 y 1970 y a culparlas de las prácticas monopolistas y del fraude a los consumidores en la calidad de los productos. Hoy se reconoce que dichas deformaciones son sólo imputables a la deshonestidad y a la falta de responsabilidad de la mayoría de los empresarios latinoamericanos frente a los consumidores nacionales, y no a la estrategia de sustitución de importaciones.

La protección de los mercados es importante para evitar el desplazamiento indebido de los comerciantes nacionales y de los productos nacionales por parte de las transnacionales, así como para proteger aquellas pautas de consumo y valores culturales que son favorables al desarrollo y la soberanía nacionales. Los mercados internos de los países subdesarrollados son presa fácil para la penetración económica transnacional.

La protección de los activos estratégicos de los países débiles es un imperativo político y ético. Mediante la “globalización” este patrimonio ha quedado a merced del capital foráneo. Tal es el caso de los yacimientos energéticos y mineros, las represas y plantas generadoras de electricidad, las refinerías petroleras y plantas de producción y distribución de gas, los sistemas de telecomunicación, las troncales viales, los puertos y aeropuertos, los bosques tropicales, los centros de investigación, los servicios de seguridad social y salud, los bancos y muchos otros activos. En la mayoría de los casos este cuantioso patrimonio nacional es comprado a precios irrisorios, que las propias transnacionales declaran “inviabiles” y tasan desfavorablemente a través del mecanismo de “banca de inversión”, con la complicidad impune de los respectivos gobiernos.¹² Este proceso de despojo de activos generalmente viene precedido de un período de debilitamiento interno y descrédito de estas empresas a cargo de políticos ineptos y corruptos, quedando así abonado el terreno para la privatización.

¹² En Colombia, por ejemplo, la mayor empresa de energía eléctrica y sus servicios conexos fue recientemente “capitalizada” por un grupo extranjero con el pretexto de que requería “capital fresco” para realizar inversiones urgentes. Sin embargo seis meses después buena parte de esta “capitalización” fue descapitalizada a favor de los inversionistas foráneos. Recientemente éstos han solicitado otra descapitalización alegando exceso de capital en la empresa. Situaciones similares se han venido presentando en casi todos los países latinoamericanos.

La protección del sistema financiero es prioritaria porque mediante la apropiación foránea de bancos y corporaciones financieras se cumple buena parte del proceso de despojo ya mencionado. También se ejerce intervención indebida sobre las políticas de crédito y sus tasas, promoción de la producción, orientación del consumo, tasas de cambio, y en cierta medida sobre la estabilidad macroeconómica interna de los países. Es frecuente que la compra de bancos y corporaciones por parte de las transnacionales opere mediante inversiones ficticias o transitorias y acompañadas de procesos de descapitalización y manipulaciones de bolsa.

La protección de los servicios profesionales es un compromiso con el amplio contingente de personas que se han preparado para la consultoría, la asesoría y la prestación de servicios especializados, las cuales no pueden competir fácilmente con las empresas transnacionales que tienen los recursos financieros para imponerse en los mercados de los países periféricos. Estas grandes firmas utilizan el *good will* que les otorga su trayectoria en los países centrales de origen y el prestigio tecnológico y científico de muchos de sus profesionales para desplazar a los nacionales en las licitaciones y el mercado profesional en general. Al respecto es sabido que, obtenidas las correspondientes adjudicaciones, contratan a bajos sueldos profesionales nacionales para que ejecuten los trabajos contratados. También emplean prácticas desleales, como la oferta de financiamiento de las obras y de entrega de éstas “llave en mano”, que luego son financiados por bancos nacionales. Estas ventajas pseudo-competitivas son acogidas por los gobiernos y empresarios nacionales con el argumento de que las transnacionales ofrecen mayor garantía técnica. Este razonamiento puede resultar válido en ciertos proyectos de alta complejidad tecnológica, pero carece de fundamento para la generalidad de las actividades de consultoría, asesoría y prestación directa de servicios.

La protección del talento humano es de gran valor estratégico porque se trata del factor más importante para el desarrollo nacional. Los países periféricos pierden sistemáticamente la mayor parte de sus profesionales, técnicos, profesionales, artistas, deportistas y otros especialistas de mejor preparación, mediante el proceso de migración hacia los países centrales conocido como “fuga de cerebros”. Lo mismo ocurre masivamente con la mano de obra de mayor calificación. Esto significa que los primeros gastan cuantiosos recursos económicos para contribuir a la producción de los países centrales. Este fenómeno obedece principalmente a que dichos profesionales y trabajadores no encuentran en sus países de origen el reconocimiento, la remuneración y las oportunidades para ejercer sus facultades y destrezas y liberar todos sus potenciales creativos. También a políticas educativas equivocadas, y a que los gobiernos y dirigentes de estos países no tienen interés en defender este patrimonio profesional, ni de implantar estrategias de pleno empleo. En ciertos casos, se deriva las

limitaciones propias de las economías nacionales y sus correspondientes “modelos” de crecimiento para absorber los recursos humanos.

La protección de los recursos naturales es también prioritaria porque en las prácticas del capitalismo salvaje la explotación de estos recursos es de carácter exhaustivo y depredatorio y con poca consideración sobre la necesidad de su preservación. Esto se traduce en explotaciones mineras sin recuperación geomorfológica y geológica y medidas de control y mitigación de la contaminación, extracción exhaustiva de bosques, depredación de ríos, estuarios y puertos, uso intensivo de agroquímicos, alteraciones biológicas y otros impactos adversos. Por esta razón los gobiernos son obligados a “flexibilizar” la normatividad ambiental protectora y en algunos países se han producido significativos retrocesos en los sistemas institucionales ambientales y las políticas de protección, como en el caso de Colombia. En los países andinos la fumigación masiva con desfoliantes altamente contaminantes impuesta por los Estados Unidos se ha traducido en la depredación de extensas áreas de cultivos, contaminación de aguas y afectaciones de la salud humana y animal.

C. Diversidad, complementariedad e integración

Por su naturaleza y sus objetivos imperiales la globalización neoliberal tiende a unificar el mundo y la humanidad en un mercado único, uniforme y aprisionador, fuera del cual no hay salvación. Obviamente este propósito es anticientífico, porque una de las características fundamentales de la especie humana, su organización, su funcionamiento e instituciones es precisamente **la diversidad**. Derivada ésta de los distintos orígenes, culturas, intereses y contextos geográficos, ecológicos, geopolíticos, históricos y de hábitat, así como de estadio de desarrollo de cada sociedad nacional, regional y aun local. En efecto, por razones históricas, políticas, biológicas y ambientales la humanidad constituye en su funcionamiento político e histórico un heterogéneo sistema de pueblos y naciones con características propias y diversas.

Debido a esta diversidad y a las consecuentes diferencias, los individuos y los pueblos se han visto históricamente precisados a recurrir a **la complementación** mutua a través de los intercambios comerciales y culturales y la comunicación. Y para hacer efectiva, sentida y favorable esta complementación han buscado **la integración** en grupos y conjuntos de naciones afines y previamente integradas. No obstante, la “globalización” pretende desconocer las diferencias derivadas de esta diversidad reduciéndola falazmente a la simple noción de “asimetrías” económicas fáciles de superar mediante el libre mercado internacional. Al respecto debe tenerse presente que en el relacionamiento entre el capitalismo central y el periférico no se trata de simples “asimetrías” sino, fundamentalmente, de diferencias estructurales e incompatibilidades

derivadas de éstas. Al hacer tabla rasa de la especificidad de los países débiles y sus respectivas condiciones socioeconómicas y culturales, mediante la imposición de pautas de consumo masivo y ajenas a las necesidades objetivas de la población, así como de instituciones políticas y culturales. En esta forma quedan de lado las nociones de *complementaridad e integración*, tanto en relación con cada país en particular, como del conjunto del mercado globalizado. Por otra parte no hay que olvidar que a través de la historia ninguna potencia ha podido unificar a la fuerza y sostenidamente a naciones tan diversas y sus respectivos intereses políticos y económicos en un sólo mercado y un solo sistema socio-económico globales.

La historia enseña que por razones políticas y culturales, ningún país puede integrarse eficiente y favorablemente con otros, por afines que sean, sin primero integrarse internamente. En la práctica es muy difícil unir entidades que se encuentran conflictivamente desintegradas. La comunidad europea de naciones ha gastado más de 30 años para llegar a su actual estatus de Unión y esto se ha logrado a base de sociedades nacionales integradas. En América Latina y el Caribe, durante el mismo período no se han logrado los propósitos de la Comunidad Andina, ni del CARICOM, ni últimamente del MERCOSUR, principalmente porque las divisiones interiores de los países no lo han permitido.¹³

Este fenómeno también se está presentando con motivo del ALCA y, precisamente por ello, los Estados Unidos están aplicando acelerada y compulsoriamente la estrategia de la integración a base de negociaciones y convenios bilaterales, a espaldas de los respectivos pueblos. Este recurso le permite obviar los conflictos internos de los países y la posible defensa unificada por parte de grupos subregionales.

D. Soberanía Nacional

La globalización amenaza las soberanías nacionales, en tres aspectos principales: (i) La seguridad nacional; (ii) La economía; y (iii) En ciertos recursos naturales estratégicos.

La soberanía política, porque algunas potencias suelen utilizar la fuerza militar, el bloqueo económico y político o la desestabilización institucional cuando encuentran resistencias nacionales a su penetración e imposición globalizante.

¹³ Por ejemplo, en el caso de América Latina y el Caribe es frecuente en la mayoría de los esfuerzos y reuniones de integración observar el fenómeno de las pugnas entre agricultores e importadoras, industriales y agricultores, comerciantes y productores, etc. En casi todo estos eventos las únicas que resultan integradas son las empresas transnacionales, porque se encuentran previamente integradas por sus respectivas casas matrices.

La soberanía económica, porque debilita y aniquila las economías nacionales y las deja a merced del mercado internacional globalizado, y porque vulnera las *seguridades* complementarias ya mencionadas (alimentaria, energética, etc.) y éstas constituyen el pilar básico de toda soberanía nacional. Cuando las economías periféricas son obligadas a mantenerse como simples productoras de materias primas baratas y a comprar manufacturas caras y someterse a las presiones del "libre" mercado es obvio que la soberanía nacional ha sido vulnerada.

La soberanía sobre los recursos naturales es también vital para los intereses de las naciones periféricas porque éstos constituyen prácticamente su principal patrimonio disponible y su capital básico para desencadenar su *desarrollo* nacional. La experiencia enseña que es muy difícil preservar dichos recursos en condiciones del *laissez faire* y de la "desregulación" obsesiva del neoliberalismo económico. También deja en evidencia que cuando las economías nacionales no pueden desarrollarse ni diversificarse los recursos naturales tienen que ser forzosamente sacrificados.

Este aspecto de la soberanía nacional tiene connotaciones y retos aun más preocupantes. El alto valor estratégico del petróleo y la limitación de sus reservas en los países industrializados ha determinado que las grandes potencias se apropien por la fuerza de este vital recurso, o que establezcan regímenes políticos obscuros que permitan extraerlo "legalmente". El drama histórico del Oriente Medio y las actuales presiones desestabilizadoras sobre Venezuela, por ejemplo, confirman este fenómeno político. Paralelamente, en el futuro estos recursos naturales estarán sometidos a una nueva e intensa presión derivada de dos circunstancias previsibles: El deterioro y la escasez de agua potable en los países industrializados y la imperiosa necesidad de que los grandes bosques tropicales del hemisferio sur sigan generando oxígeno para los países del hemisferio norte. Ambas situaciones darán origen a violaciones de las soberanías nacionales y guerras de apropiación de los territorios boscosos del trópico y subtropical. Como lo vienen pronosticando varios reconocidos futurólogos e historiadores, el agua y la producción de oxígeno del trópico serán los grandes pretextos de las guerras del Siglo XXI.

RDU/10/01/04 [PonenciaVIE Utria.doc]